

José Rogelio Álvarez

El enciclopedista y la Tertulia del convento

Gonzalo Celorio

Historiador, antropólogo, cronista, coordinador e impulsor de la Enciclopedia de México, José Rogelio Álvarez fue un pilar de la cultura nacional. Gonzalo Celorio recuerda al académico de la lengua y estudioso de las culturas prehispánicas a través de la Tertulia del convento, que se realizaba en la casa del erudito jalisciense en Churubusco.

José Rogelio Álvarez murió en la ciudad de México la noche del miércoles 2 de marzo de 2011 a la edad de 88 años. Murió afectado por una neumonía recalcitrante que lo llevó por segunda vez al hospital en el que había sido internado a finales de 2010. Si bien convaleciente, tuvo los arrestos admirables de convocar, entre una y otra hospitalizaciones, a la sesión del mes de febrero de la *Tertulia del convento*, así llamada por tener lugar en su casona de la avenida del Convento número 25 en San Diego Churubusco, frontera al antiguo monasterio que fue baluarte de los batallones comandados por el general Pedro María Anaya durante la invasión norteamericana de 1847.

Saco de *tweed*, corbata de moño, bigotes altivos, José Rogelio nos recibió con su elegancia habitual el viernes 4 de febrero a las 2:30 de la tarde. Su lucidez no padeció ningún tropiezo a lo largo de la tertulia y su prodi-

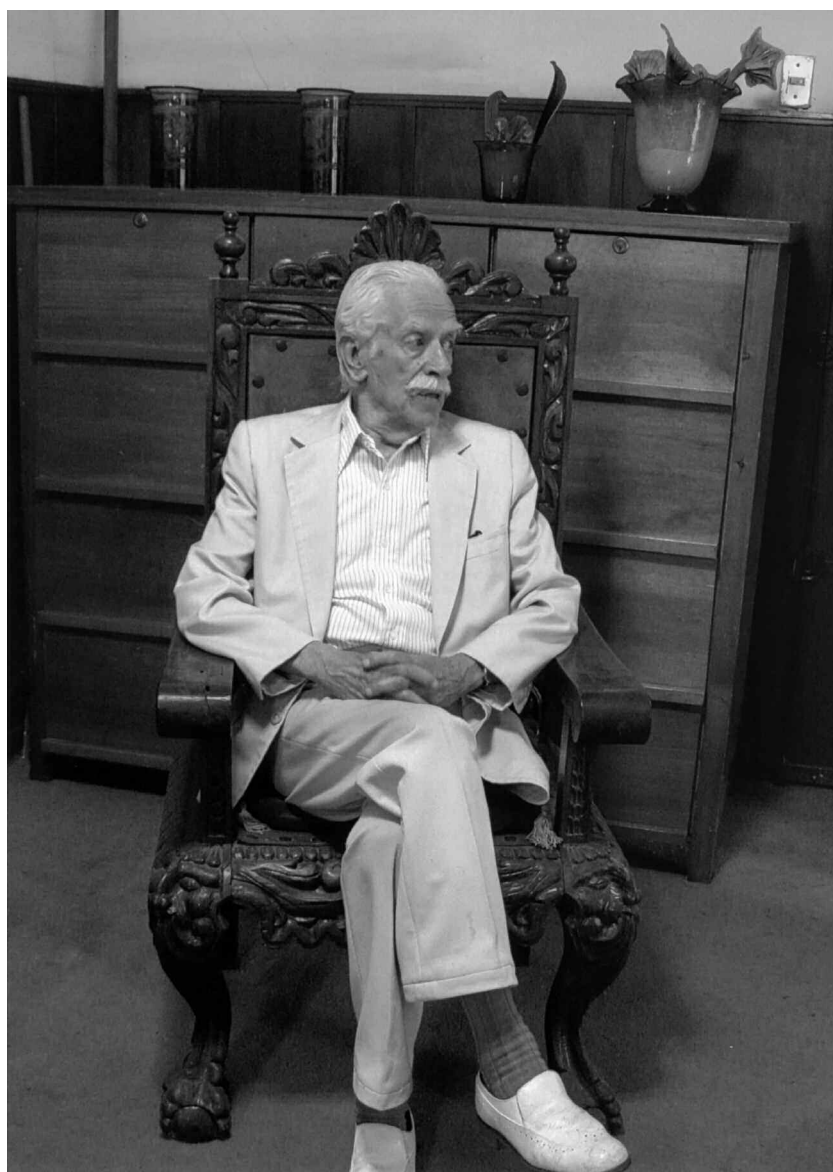
giosa memoria fluyó, como de costumbre, a través de una sintaxis impecable y de un vocabulario generoso y preciso, algunas de cuyas palabras, con su muerte, acaso nunca vuelvan a pronunciarse como voces vivas. Pero aun así, su rostro estaba cubierto por cierta pátina cerosa; sus ojos, siempre vivaces e inteligentísimos, acusaban una opacidad inédita y su figura toda había sufrido una disminución que rebasaba con mucho la esbeltez que le era propia. Cuando lo abracé para despedirme en el zaguán de su casa a las siete en punto de la tarde —porque la tertulia, cosa insólita en nuestro país, tenía hora de salida— y mis dedos palparon en su espalda la fragilidad de sus huesos, tuve la horrorosa certidumbre de que nunca más lo volvería a ver. Así se lo comenté a Hernán Lara a la salida de la casona del convento. Ambos supimos que nos acabábamos de despedir de él para siempre.

La Tertulia del convento se fundó en el año de 1998 por iniciativa de Ángeles González Gamio y Eduardo Matos Moctezuma, quienes habían frecuentado a José Rogelio Álvarez para disfrutar de su sabiduría, particularmente en lo que respecta a nuestra metrópoli, que ambos estudian y aman, ella como cronista enamorada de su centro histórico y a la sazón secretaria ejecutiva del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, y él como arqueólogo prominente que tan notables descubrimientos ha realizado en la que fue asiento de la antigua México Tenochtitlan. Aunque nacido en el estado de Jalisco, al que le dedicó numerosos estudios, José Rogelio era un conocedor de la ciudad capital del país, que adoptó como propia desde que cursó la carrera de historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, sita entonces en la dieciochesca casa de los Mascarones de la Ribera de San Cosme, si bien volvió a Guadalajara entre 1953 y 1959 para fungir como secretario particular de Agustín Yáñez cuando éste fue gobernador de la entidad, y ocupar los cargos sucesivos de vocal ejecutivo de la Comisión de Planeación de la Costa de Jalisco y director de Promoción Económica del Estado.

Hay en Ángeles González Gamio, nieta y biógrafa del ilustre arqueólogo mexicano Manuel Gamio, y en Eduardo Matos Moctezuma, quien afirma entre veras y bur-las que su segundo apellido lo emparenta por línea materna con el malhadado emperador azteca de los tiempos de la Conquista, un gusto por conversar con los viejos sabios que, poseedores de un rico patrimonio cultural, han sido en nuestro país memoria viva del tiempo transcurrido y protagonistas de la historia del siglo xx. Entre ellos, Andrés Henestrosa, Griselda Álvarez, Miguel León-Portilla, de quienes ambos han sido escuchas, confidentes y amigos íntimos. De ellos y, por supuesto, de José Rogelio Álvarez, hombre sabio y empeñoso, discreto y elocuente. Estos adjetivos que califican su persona responden a las cualidades que José Rogelio hubo de tener para arrostrar la descomunal empresa de la *Enciclopedia de México*, obra magna de su autoría. Y digo de su autoría no porque él la hubiese escrito individualmente —tarea a todas luces imposible: en su redacción participaron, ciertamente, más de cuatrocientos colaboradores a lo largo y a lo ancho del país—, sino porque él es, sin duda, el artífice de la obra: él la dirigió; él escribió personalmente, para cada uno de sus volúmenes, un promedio de 250 cuartillas de los temas más diversos y reescribió buena parte del material que le llegó de sus corresponsales; él se responsabilizó de la versión final y él compró y revitalizó la empresa que hizo posible su edición, su distribución y su venta. No es frecuente conocer a alguien que ostente entre sus obras una enciclopedia. Y que, sin necesidad de demostrarlo, manifieste en su plática, sin alardes de erudición, con la naturalidad de quien habla de cosas domésticas, el conocimiento pro-

fundo de un país, de su historia y sus mitos, sus héroes y sus leyendas, su economía, su geografía, su gastronomía, sus costumbres, sus artesanías. José Rogelio Álvarez no sólo era dueño de una asombrosa información documental, sino también de una sensibilidad finísima y amorosa, de una capacidad crítica a un tiempo afilada y serena en la que no escaseaba el sentido del humor, y de una experiencia de vida y una memoria despejada que le permitían contar buena parte de la historia de nuestro país como testigo presencial de los acontecimientos.

Yo había conocido a José Rogelio Álvarez en el seno de la Academia Mexicana de la Lengua desde que los integrantes de esa corporación me eligieron uno de sus miembros en el año 1995. Lo veía llegar a las sesiones vespertinas, presididas entonces por José Luis Martínez, que se celebraban los segundos y cuartos jueves de cada mes en la vieja casa de Donceles 66, en el centro de la ciudad. Su presencia imponía. A mí, por lo menos, me imponía. Era la imagen por antonomasia del académico de la lengua que yo me había prefigurado desde que era niño. Una imagen venerable, rigurosa, circunspecta, en cierto modo parecida a los retratos que conocía de



José Rogelio Álvarez

Joaquín García Icazbalceta o, más puntualmente, de Artemio de Valle-Arizpe. Delgado, impecablemente vestido, corbata de moño, cabellos blancos divididos por la mitad del cráneo y bigotes enhiestos, recortados con precisión filológica. Así se personaba José Rogelio en la casa de Donceles los jueves pares de cada mes, a las cinco y media en punto de la tarde. Después de un tiempo supe que era él quien respondía pública aunque anónimamente, en el periódico *Excelsior*, las consultas que llegaban a la Academia: que de dónde provenía la palabra *chilango*, que si se podía decir *gentes* para referirse a personas en lo individual, que si era correcta la expresión *habemos*... Pero cuando realmente empecé a conocerlo fue en su propia casa de Churubusco, a partir del momento privilegiado en que Ángeles González Gamio me invitó a participar, un primer miércoles de un mes de 1998, de siete de la tarde a once de la noche, de esa tertulia inaugural.

La casa de José Rogelio Álvarez se ubica en la avenida del Convento número 25, antes 55, en San Diego Churubusco, Coyoacán, y es, por sus dimensiones, por las artesanías que la decoran, por el manifiesto y orgulloso origen tapatío de su dueño, como una embajada de Jalisco en la capital de la república. Podría también llamarse *Casa de las Ajaracas*, como aquella de la calle de Guatemala en nuestro centro histórico que se derrumbó sobre sí misma y en la que fue encontrada la formidable y sobrecogedora piedra que representa a la deidad azteca Tlaltecuhltli (según nos informó Eduardo Matos apenas hubo sido descubierta), porque ostenta en su fachada, como aquella y como tantas otras de la ciudad,

unos arabescos de ese jaez. No hay timbre, sino campana. El ladrido desafiante de los perros, mucho más pequeños que sus emisiones sonoras, antecede la apertura de un ventanuco inscrito en el portón de madera. Por ahí se asoma Margarita, secretaria de José Rogelio, quien, más allá de sus funciones administrativas, hace las veces de anfitriona al ocuparse mes a mes de la cena de los tertulianos, siempre espléndida y celebratoria. Una vez traspasado el portón, es preciso bordear un ala del jardín, en el que abundan cafetos, agaves y árboles frutales, para llegar a un patio provinciano, con una fuente central circundada de objetos artesanales de Tonalá y de Tlaquepaque que bien podrían figurar en la colección de títulos *Jalisco en el Arte* que José Rogelio fundó y dirigió entre 1959 y 1962. Al patio desemboca la biblioteca, un repositorio de doble altura, especializado en historia de México, particularmente del estado de Jalisco, en el que predominan, como es de esperarse, obras enciclopédicas y documentales. Conviven amigablemente en el espacio una talla estofada tamaño natural del rey san Fernando, esculturas de bronce de escala más pequeña que representan a algunos pensadores mexicanos del siglo XIX —Prieto, Ramírez, Altamirano—, varias piezas prehispánicas del Occidente, una Doloresa que no encontró mejor lugar para enjugar sus lágrimas que el dintel de la gigantesca boca de la chimenea y un Juárez enérgico y sereno que señala el camino. En ese recinto tomamos el aperitivo. La mitad de los asistentes opta por el vino y la otra por el whisky. Por espacio de dos horas, la conversación fluye pausada, amena, interesante, sin que nadie le arrebatase la palabra a quien



José Rogelio Álvarez en la Tertulia del convento con Eugenio Aguirre, Ángeles González Gamio, Mónica del Villar, Hernán Lara, Felipe Garrido, Silvia Molina, Gonzalo Celorio y Margarita Ramírez, noviembre de 2008

en ese momento la tiene en uso. A las nueve en punto de la noche, urgidos por Eduardo, que cuida el cumplimiento del horario con vocación de guardaguas, pasamos a la estancia de la casa, al comedor, suerte de galería de paisajes urbanos y rurales de Jalisco, iluminado por un antiguo candil de velas que escurre su luz íntima sobre un refinado servicio de mesa en el que el mantel, la vajilla y la cubertería son de origen jalisciense. Y ni qué decir de las copas, que parecen extraídas del libro *Vidrio soplado de Guadalajara*, del que también es autor José Rogelio. La cena varía de sesión en sesión y por lo general se corresponde con las festividades religiosas y civiles de nuestro calendario: la rosca de Reyes en enero, los tamales y el atole en La Candelaria, el pescado en la cuaresma, los chiles en nogada en septiembre y el pan de muertos en noviembre.

Los contertulios de la primera hornada fueron José Rogelio Álvarez, nuestro anfitrión, y Ángeles González Gamio y Eduardo Matos, los fundadores. Además de ellos tres, otros siete. Griselda Álvarez, la primera mujer elegida gobernadora en el país, redentora de suripantatas, como ella llamaba a las prostitutas a quienes trató de convertir en policías tanto en Colima como en la ciudad de México, y defensora de los derechos de la mujer hasta en el vocabulario de *juezas*, *jefas*, *presidentasy*, por supuesto, *gobernadoras*; poeta y política que tuvo la doble osadía de escribir en su juventud poemas eróticos dedicados a las diversas partes de la anatomía masculina y, ya madura, de cifrar en 136 sonetos nada menos que otros tantos artículos de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Cayetano Cantú, traductor al español de la poesía de Constantino Cavafis, autor de una rara antología de poetas griegos del siglo XIX y exquisito cocinero de tabules, hojas de parra y kepes crudos y cocidos que nos sirve, con dedos anillados, en su casa *art déco* de la colonia Hipódromo Condesa. Eugenio Aguirre, narrador prolijo y diverso que retomó en los años de la tertulia —acaso gracias a ella— la vocación por la novela histórica que había iniciado con la publicación temprana de *Gonzalo Guerrero* para escribir un libro sobre Guadalupe Victoria que vio la luz en 2005 y otro sobre Miguel Hidalgo, que se publicó oportunamente en el año de la celebración del bicentenario de nuestra revolución de Independencia. El poeta Vicente Quirarte, tan afecto a los vampiros como a las ballenas, académico, bibliófilo, historiador de la literatura dedicada a la ciudad de México, en especial la del siglo XIX, y *flâneur* infatigable, como Ángeles, de nuestro centro histórico. Manuel Ramos Medina, historiador especializado en la Orden del Carmen, director del Centro de Estudios Históricos CONDUMEX y custodio, por tanto, del valiosísimo acervo bibliográfico, alguna vez asesorado por Edmundo O’Gorman, que atesora esa institución domiciliada en el antiguo barrio de Chimalistac,



José Rogelio Álvarez

tan caro a Federico Gamboa y a Santa, su fatídico personaje. Hernán Lara Zavala, escritor de cuentos, ensayos, novelas; yucateco y británico a un tiempo, conocedor y usufructuario lo mismo de *El Quijote* que de la literatura de lengua inglesa, maestro universitario, editor perspicaz y autor de la novela histórica *Península*, *Península* que relata la guerra de castas en Yucatán y que se ha hecho acreedora a múltiples premios y reconocimientos. Y yo. Diez en total, que al poco tiempo se convirtieron en once, cuando se incorporó Felipe Garrido, conocedor y editor de la obra de Rulfo y de Arreola, impulsor, acaso como nadie en nuestro país, de la lectura gozosa y adaptador de textos clásicos al lenguaje infantil y juvenil.

Desde las primeras reuniones de la tertulia se adoptó la costumbre de levantar un acta de cada sesión. Esta práctica debía ejercerse en forma rotatoria por todos los contertulios. Muy pronto, los registros consignados en el libro tamaño oficio debidamente foliado que se adquirió para cumplir este propósito, perdieron el carácter notarial que se les había adjudicado en un principio y se transformaron en una crónica que acabó por serlo de la ciudad de México y de su cultura durante los dos últimos años del siglo XX. José Rogelio Álvarez escribió de su puño y letra dos de las 16 “actas” que se asientan en el libro. Para recuperar a través de su escritura, de su caligrafía, de su discurso, de su firma (tan parecida a sus bigotes), la imagen de quien fuera nuestro anfitrión, he releído ahora ese libro manuscrito y me he percatado de que los temas abordados en la tertulia constituyen, en efecto, una suerte de prontuario de la vida finisecular mexicana.

En la tertulia se habló, para poner sólo unos cuantos ejemplos, del terrible conflicto, quizá el más grave

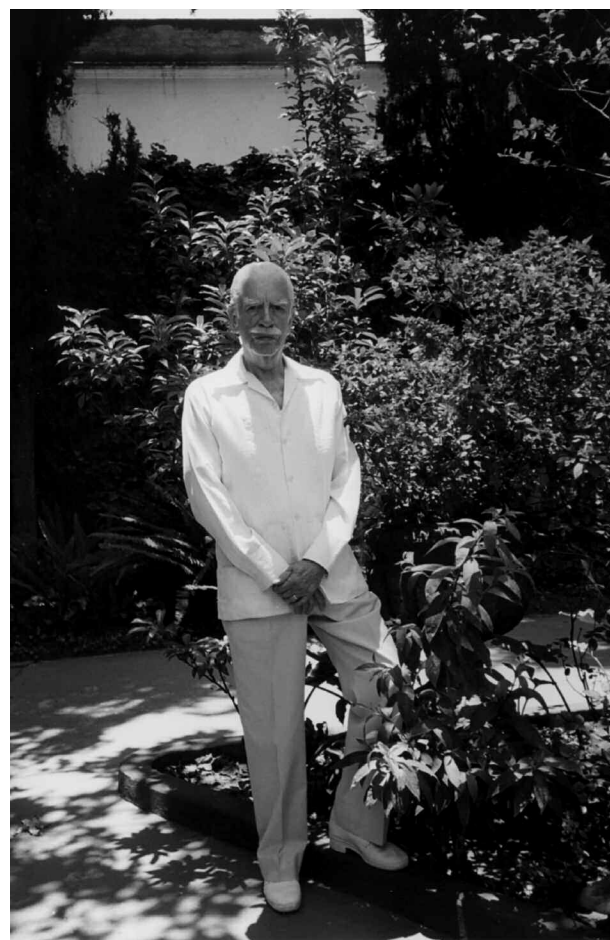
de su historia, que sufrió la Universidad Nacional Autónoma de México en el año 99; de los posibles candidatos a la presidencia de la república en la contienda electoral del año 2000 que acabó, después de más de 70 años en el poder, con la primacía política del PRI; de la controvertida canonización de los mártires cristeros —tema particularmente grato a José Rogelio, quien llegó a publicar el primer tomo, y sólo ese, de la *Enciclopedia de la Iglesia Católica en México*— y la del padre Pro, cuyo segundo apellido, Juárez, le daba a la sintaxis de su nombre un significado laico contrario a su condición religiosa, *pro Juárez*. Se recordó, por cierto, aquella respuesta fantástica, cínica, irrefutable que el general Roberto Cruz —el militar que ordenó al pelotón de fusilamiento abrir fuego contra el sacerdote—, le dio a Julio Scherer García en una larga entrevista que el entonces reportero de *Excélsior* le hizo en 1961. Cuando el periodista le preguntó, según queda registrado en su libro *El indio que mató al padre Pro*, su opinión con respecto a la posible canonización del cura a quien él había fusilado, el general le contestó: “Que lo hagan santo, si quieren. ¿Qué esperan? A mí me da igual y me tiene sin cuidado. Bien saben que si Pro es elevado a los altares, como dicen los católicos, no será santo de mi devoción.”

Pero las sesiones no se restringían al debate sobre las coyunturas políticas o culturales, sino que se desplegaban amables, simpáticas, sapientes, por una infinidad de temas y de prácticas que hacían recordar las tertulias

de otro fin de siglo —el XIX— en las que se propiciaba el intercambio de ideas, de opiniones, de lecturas. En la nuestra, se ofrecían las primicias de los libros escritos por los contertulios y se cruzaban noticias bibliográficas. Había quienes relataban los viajes a países lejanos como China o Egipto que habían realizado recientemente. Griselda discutía un tema histórico como la pertinencia o no de utilizar el término *colonia* para referirse a los virreinos americanos. Se hablaba mucho de la ciudad de México, particularmente de su centro histórico, su historia, su arquitectura, su literatura, su arqueología, sus cantinas, su gastronomía importada de los estados, su cine, sus pintores, sus grabadores, sus fotógrafos, sus personajes, como si reinventáramos y pusiéramos al día la *Grandeza mexicana* de Balbuena, que ya había puesto al día y reinventado Salvador Novo en su *Nueva grandeza mexicana* y que Ángeles actualizó al agrupar algunas de sus crónicas en un volumen titulado *Grandeza mexicana a fin de milenio*. Se contaban anécdotas históricas: Griselda relató en una ocasión que, aún siendo niña y en plena guerra cristera, su padre la llevó a ver un ahorcado que se balanceaba pendiente de la rama de un árbol, para que tuviera esa fortaleza de carácter que le hizo conocer y manejar armas de fuego a una edad muy temprana. Como en sesión de espiritismo, convocábamos a nuestras respectivas figuras tutelares: José Rogelio hablaba con frecuencia de Agustín Yáñez y de Martín Luis Guzmán, con quien trabajó en la revista *Tiempo*,



José Rogelio Álvarez, mayo de 2006



de la que llegó a ser jefe de redacción; Ángeles, de Manuel Gamio, su abuelo materno; Eduardo, de Pedro Henríquez Ureña, dominicano como su padre; Vicente, de Rubén Bonifaz Nuño, su mentor; Hernán, de Juan José Arreola, que fue nuestro maestro en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; yo, de Edmundo O’Gorman, con quien trabé amistad en los últimos años de su vida. En esos primeros tiempos de la tertulia, llevamos a cabo algunas visitas memorables, entre otras, al fondo reservado de la Biblioteca Nacional, guiados por Vicente Quirarte, a la sazón su director; a la Casa de las Ajaracas para ver, de la mano de Eduardo Matos, los nuevos hallazgos arqueológicos ahí localizados, como los insólitos vestigios de papel y de tela que se encontraron en una caja de piedra depositada al pie de las alfardas de las escalinatas de la sexta superposición del Templo Mayor; al fascinante barrio de La Merced, que tan bien conoce Ángeles, con su diminuta iglesia de Manzanares, adonde van a rezar las putas; al exconvento del Carmen en San Ángel, del que es especialista Manuel Ramos Medina; a las pirámides de Teotihuacán para recorrer, por debajo de la dedicada al Sol, el gigantesco túnel que la atraviesa. Y las excursiones se remataban, según lo aconsejan las crónicas sobre la ciudad de México que domingo a domingo publica Ángeles en *La Jornada*, en algún restaurante recomendado por ella, como los que registra Salvador Novo en el capítulo de su *Nueva grandeza mexicana* referido a las “Ocasiones de contento”: *El Encino* de Insurgentes sur, que es hermano o hijo del *Bellinghausen* de la Zona Rosa; *El Cardenal* de la calle de Palma en el centro, *Al Andalus* de la calle de Mesones en La Merced, la *Fonda San Ángel* de la plaza de San Jacinto.

He podido reseñar, así sea de manera selectiva y sucinta, las actividades de la Tertulia del convento durante sus primeros dos años de vida, que fueron los últimos del siglo y del milenio, porque las sesiones de entonces son las únicas que fueron registradas en el libro de actas. Por desgracia, la práctica de escribir la crónica de cada una de las reuniones no duró más tiempo. Como la escritura se encomendaba cada vez a un contertulio diferente, el libro pasó, mes a mes, de mano en mano y en algunas ocasiones se extravió para aparecer cuando ya había pasado demasiado tiempo de la sesión que se tenía que reseñar y la memoria, por elástica que fuera, ya no daba para recuperar lo vivido.

Pero al margen de la escritura, la tertulia continuó. Y se ha venido verificando mensualmente a lo largo de lo que va del siglo XXI, si bien de un tiempo a esta parte cambió su horario nocturno por el vespertino. A ella se incorporaron dos nuevos contertulios de origen tapatío, que han enriquecido las sesiones con su humor, su inteligencia y su sabiduría: el poeta Hugo Gutiérrez Vega, humanista, diplomático, periodista, admirable fabula-



La Tertulia del convento: Eugenio Aguirre, Eduardo Matos Moctezuma, Sergio García Ramírez, Griselda Álvarez, Gonzalo Celorio, Ángeles González Gamio, Cayetano Cantú y José Rogelio Álvarez, diciembre de 2001

dor de historias y dueño de una memoria verbal invencible que se pasea gustosa por poéticos y prosaicos dichos populares, y el insigne jurista Sergio García Ramírez, que tiene en su haber, además de todos los reconocimientos nacionales e internacionales como penalista y estudioso del derecho, una primigenia vocación literaria que muy tempranamente se tradujo en libros de ficción narrativa como *Teseo alucinado y otros minotauros* y que año con año, para las Navidades, se muestra en páginas misceláneas en las que conviven, bien avenidas, la evocación y el análisis, la imaginación y la crítica, la honestidad y la ironía.

De la misma manera que unos llegaron, otros, tristemente, se fueron, como Cayetano Cantú, que murió el año 2003. Griselda Álvarez falleció apenas el año antepasado, y casi hasta el final de sus días pugnó por asistir a la tertulia, así fuera en silla de ruedas. Nadie podrá suplantarla, pero para compensar tan rigurosa pérdida, tres mujeres se incorporaron a la tertulia: Mónica del Villar, directora de la revista *Arqueología* y gran conocedora del arte prehispánico; Silvia Molina, escritora, y Carmen Parra, pintora alada de águilas, ángeles y cate-drales. Recientemente se sumó al grupo de los contertulios, Sergio Zaldívar, el arquitecto que sostuvo en vilo la catedral Metropolitana durante varios años para emparejar su hundimiento y evitar su colapso.

Milagrosamente, si tomamos en cuenta las tremendas dificultades de tiempo y de espacio que nos inflige nuestra inhabitable e inevitable ciudad de México, la Tertulia del convento, presidida por José Rogelio Álvarez y animada por Ángeles González Gamio, funcionó durante más de doce años. Nuestro legado es continuarla en memoria de quien generosamente nos acogió en su casa y en su corazón y a quien siempre recordaremos como amigo y reconoceremos como maestro: José Rogelio Álvarez. ■